



PEDRO PÁEZ PÉREZ, ENERO 2012¹

CONSIDERACIONES SOBRE EL BIEN COMÚN, LA MONEDA Y EL CRÉDITO

INDIVIDUALISMO UTILITARISTA Y BIEN COMÚN

Como sostenía Kosick, el homo oeconomicus no solo es una aberración de la teoría, es una aberración de la realidad. La visión del ser humano que retrata la economía neoclásica es, sin duda, una deformación y poco ayuda como eje explicativo de la sociedad actual y menos aún en relación a la crisis estructural que vivimos. No obstante, el reduccionismo hedonista y autómatas del consumidor insaciable que prefiguraba el utilitarismo de Bentham y que recoge el mainstream de la Economía y las Ciencias Sociales no es solo una entelequia intelectual con propósitos apologéticos: en efecto, captura significativamente la unilateralización ontológica del hombre moderno fruto del desarrollo histórico de un modo de vida específico y del modo de producción capitalista. Más aún, esa visión del individualismo extremo ha jugado un papel muy relevante en la construcción de la sociedad que pretendía teorizar.

El homo oeconomicus es, en sí mismo, un

proyecto societal funcional a las necesidades de las élites dominantes. Marcuse ubica con claridad la intensidad corrosiva de esa lógica social sobre la vida moderna.

Sin embargo, el movimiento de la sociedad es mucho más rico que las ilusiones ideológicas de sus pensadores más conspicuos y tanto la aberración teórica como la aberración real exigen ya su superación histórica. La crisis estructural actual muestra al unísono y con urgencia la senilidad del modo de vida y del modo de producción que han auspiciado la unidimensionalidad de la lógica social contenida en la noción de homo oeconomicus.

Esa superación requiere esfuerzos en la teoría y en la práctica. Ambas, sin embargo, están fundamentalmente capturadas por los paradigmas dominantes, y como lo señalaba Kuhn, la constatación de la bancarrota lógica o empírica de un paradigma no garantiza su sustitución. Las visiones heterodoxas enfrentan este reto formidable con una sobredosis de timidez. La disputa, esta vez, entraña una necesidad inmediata de alternativas a esta sociedad que se está desintegrando.

Los debates en torno al bien común, a los bienes comunes, a la moneda y al crédito están

¹ Publicado por la primera vez en: Un Paradigma Poscapitalista: El Bien Común de la Humanidad, Compilador por Birgit Daiber y Francois Houtart, Ruth Casa Editorial, Panamá, Cuba, 2012.

directamente inmersos en esta problemática. Cada uno por separado y, peor aún, juntos como propuesta, estos conceptos constituyen un desafío no solo debido a su funcionalización en el marco del pensamiento dominante, sino también porque están en el corazón de horizontes alternativos de la actividad humana.

La noción de bien común desdice hoy su larga presencia en el pensamiento social, político y económico. Su apareamiento como un objeto explícito de reflexión denota en sí mismo el proceso histórico que paulatinamente lo sacó de su automatismo implícito en el seno de la vida comunitaria. En la tradición asiática, hay agudas observaciones en Confucio respecto al obvio deber del gobernante y la razón de ser edificante de las instituciones. En la tradición occidental, al menos se encuentran antecedentes en la discusión que hacen Platón y Aristóteles del objetivo de las sociedades, las leyes y los gobiernos frente al (más o menos explícito) interés oligárquico.

Agustín de Hipona y Tomás de Aquino recuperan el concepto para el ideario cristiano, en momentos históricos en que su centralidad estaba amenazada por la descomposición de la sociedad. El tema es luego articulado por pensadores como Nicolás de Cusa y Machiavelli e instalado en el discurso oficial de la Iglesia Católica desde Rerum Novarum. En el liberalismo progresista está implícito como la mera recuperación de la razón y la sensatez en el orden social y se expresa en el imperativo categórico kantiano como una reformulación del amor al prójimo que sintetiza Jesús.

Pero el recuento se queda corto de cualquier manera porque cada cultura tiene implícita o explícitamente a ese concepto en el corazón de la convivencia social. Una matriz dinámica de mecanismos de relacionamiento social han debido procesar la visión de los individuos y los grupos respecto al destino de la colectividad, al proyecto societal, por miles -sino millones- de años. Es más importante, entonces, destacar en qué momentos resulta necesaria su defensa. Y por qué.

Precisamente, en el marco de la episteme que genera la modernidad capitalista, centrada en torno a la noción del homo oeconomicus, el concepto de bien común busca entrar por

la puerta de atrás, a la defensiva, como una concesión o como una anomalía. En el mundo de la comodificación crecientemente omnipresente, sería el mercado el que resolvería el bien común, dentro de lo posible, si se lo deja operar libremente.

Ya al argumentar su metáfora de la mano invisible, Smith prevenía como contraproducente cualquier esfuerzo de mejorar las cosas por fuera de la búsqueda del interés individual. En la teoría neoclásica moderna, la argumentación se vuelve más sofisticada porque aparece presentada como un edificio matemático supuestamente impecable e inapelable a partir de axiomas en preferencias y tecnología en torno a la Teoría del Equilibrio General, en la transformación de la original propuesta normativa del reformista Walras en la versión neopositivista de Arrow y Debreu.

La derivación de los teoremas generales del bienestar de inspiración paretiana completan la trampa ideológica, proyectando un resultado matemático muy poco plausible en el plano de la eficiencia asignativa como una regla de referencia general para el debate en torno al bienestar, forma potable de referirse al bien común en el mainstream. Esta construcción teórica servirá para que Friedman y sus Chicago Boys respalden esa mano invisible con la manu militari en la imposición del neoliberalismo.

Si la imposibilidad de demostrar generalidad, unicidad y estabilidad en las matemáticas de la Teoría del Equilibrio General no hubieran sido suficientes para derrumbar este edificio teórico (en cuya discusión tanto Arrow como Debreu han participado protagónicamente), la introducción -incluso a la defensiva- en una esquinita, como casos especiales de temas como los bienes comunes, los bienes públicos o las externalidades (positivas o negativas, en la producción o el consumo) simplemente aniquila la validez del referente en sí. Y sin embargo, tanto la ortodoxia como el pensamiento crítico, dentro y fuera de la Economía, siguen prisioneros de este marco teórico con todas las salvedades adhoc necesarias.

La discusión más detallada respecto a estos conceptos es pertinente en ese marco. Bienes comunes, bienes públicos o externalidades son distintas categorías que reflejan la inade-

cuación del paradigma neoclásico para lidiar con el carácter intrínsecamente social de la producción consumidora y el consumo productivo. Reflejando irónicamente el caso del concepto de homo oeconomicus, éstas no son solo anomalías teóricas, sino también de la realidad, en la medida que plantean serios desafíos prácticos en el campo del Derecho, las Finanzas, la Economía, la Sociología y la Política para una sociedad que pretende resolverlo todo en términos del individualismo utilitarista y del llamado libre mercado.

Este tipo de distorsiones se evidencia con claridad al explorar histórica y lógicamente la relación entre lo individual y lo colectivo en el funcionamiento de la sociedad, buscando deconstruir la dicotomía que el discurso dominante ubica a favor del individualismo provocando artificialmente un océano de imposibilidades subjetivas para la praxis concreta.

“DEUDAS”, MERCADOS Y MONEDA COMO TRAMA DE SOCIABILIDAD

Los temas de moneda y finanzas vienen desde preocupaciones distintas a las anteriores, pero terminan posicionándose en paralelo como enigmas impresentables para el paradigma dominante en Economía. Desterrados de la “economía real”, ambos conceptos aparecen como “explicaciones inexplicadas” en la teoría neoclásica y todas las predicciones y prescripciones que ésta comporta sobre ellos se han mostrado totalmente fallidas durante la actual crisis. Autores tan opuestos (y al mismo tiempo tan internos al establishment) como Keynes y Schumpeter marcaron el rol crítico de la moneda y el crédito en el funcionamiento de la economía y, de una u otra manera, apuntaron teóricamente hacia la transformación de ambos conceptos en la habilitación de las condiciones para un mundo mejor.

El paralelo lamentablemente se profundiza en lo que respecta a la captura neoclásica de parte fundamental de la discusión del pensamiento progresista en estos temas. Parecería que, para algunas vertientes, el estrecho espacio que da el mainstream de la Economía a nociones como bien común, bienes comunes, bienes públicos y externalidades, es el último recurso al que habría que aferrarse para de-

fender la necesidad de justicia, democracia y solidaridad. Se requieren, por el contrario, perspectivas lógicas e históricas que permitan entender esas nociones en un contexto más central y holgado.

Una rápida exploración de la historia humana a partir de la noción de noósfera de Vernadski y Teilhard de Chardin muestra que esa relación distinta individuo-comunidad no es una utopía, sino que ha sido la forma de existencia más extendida de la especie. El proceso de hominización del hombre y el de humanización del medio son dos aspectos de un mismo fenómeno muy específico: el surgimiento de la noósfera, es decir, de un plano de existencia que se proyecta a sí mismo intencionalmente. Es la especie humana en su conjunto (en la dialéctica entre individuo y colectividad) la que, problemáticamente, define esa proyección al momento de la producción consumidora y del consumo productivo. Se producen y se consumen simultáneamente satisfactores y sentidos. En el seno orgánico de la comunidad, desde la gestión-delimitación de violencias y solidaridades, una trama compleja de derechos y obligaciones (“deudas” “extraeconómicas”, entre comillas) automáticamente perfilan el rumbo de la colectividad en torno a la comprensión implícita del bien común que configura a las subjetividades involucradas. Con la separación y estandarización de producción y el consumo a través del mercado, las mediaciones se vuelven más inciertas y contradictorias, fetichizándose como el dominio de la “cosa” sobre el destino humano.

La importancia teórica y práctica de la noción del bien común, vista en esta nueva perspectiva, es crucial en la construcción de alternativas tanto por constituir la médula de los procesos de fetichización más exacerbados en torno a los mercados financieros y sus crisis, cuanto por ser la clave de su misma de-fetichización. Como lo muestran aportes recientes de la Teoría de la Regulación y de las Escuelas Postkeynesianas sobre las propuestas de autores tan diversos como Marx, Simmel, Mauss, Keynes y Girard, la moneda está íntimamente vinculada a la noción de crédito, desde sus orígenes históricos en las más complejas tramas de derechos y obligaciones de diversa índole y calidad y en la sublimación de la violencia que

arbitra en un proceso de dicotomización entre el individuo y la colectividad que es nuclear en el extrañamiento gradual de una sociabilidad directa en la que la noción de bien común es automática.

El proceso de convergencia de esas estructuras de “deudas” “extraeconómicas” y del intercambio asimétrico pasa por la generalización del mercado y el intercambio de equivalentes y la entronización del dinero como nuevo eje de identidades y centralidades en la sociedad. Esta convergencia unilateraliza una matriz muy diversa en tanto las “deudas” “extra-económicas” vienen desde una compleja sintaxis de combinaciones de generosidades, despojos, reciprocidades y autoridades y los intercambios asimétricos la generaliza, sobre todo a través de relaciones de reciprocidad y redistribución. El desarrollo de la producción mercantil requiere un proceso de estandarizaciones y abstracciones reales de la vida social (trabajo concreto y trabajo abstracto, valor de uso y valor), indispensables para crear una relación de equi-valencia no susceptible ni de percepciones de injusticia ni de disputas que puedan poner en cuestión el orden y abrir dinámicas de violencia.

Ese extrañamiento gradual de la sociabilidad exige una serie de mecanismos sociales que adquieren dinámicas propias en los planos objetivos y subjetivos, dando lugar a la desintegración de modos de vida comunitarios, a la cocentración de poder ligada a la acumulación “originante” del capital con su articulación jerárquica de diversos modos de producción y a la histórica generalización de la modernidad capitalista cuyo corazón está en “Occidente”. Ese extrañamiento también se basa en la separación de los procesos de producción consumidora y de consumo productivo, antes orgánicamente integrados en el seno de la comunidad y automáticamente re-creando su destino, es decir, trascendiendo como proyecto societal. En esa separación está la raíz del desenvolvimiento de la crisis actual. Por tanto, transformando esas raíces se encuentran las claves de la recuperación del bien común como alternativa societal a la agenda oligárquica que pretende una degradación civilizatoria para lograr sus aspiraciones de rentabilidad sobre una base más intensa y generalizada de

burbujas especulativas, rentismo, desestabilización y guerras.

Si otro mundo es posible, lo será sobre la base de la recuperación de lo social en la realización individual y la recuperación de lo individual en la realización social. Por tanto, esto requiere la construcción de libertad y autodeterminación en las capacidades y las intenciones de los individuos en otros horizontes de sociabilidad, necesariamente solidarios y holísticos, en la producción y el consumo.

TRAMAS SOCIALES HISTÓRICAS Y RESPUESTAS A LA CRISIS

Los retos de la trayectoria cuantitativa y cualitativamente exponencial de la especie humana plantean no solo la superación del modo de producción sino también la del modo de vida, en una síntesis que permita recuperar la coherencia dinámica de la sociedad desde la recuperación de los mejores aspectos (incluso si en muchos casos idealizados) de las sociedades “frías” en el sentido de Levi Strauss en el marco de una modernidad no capitalista, como postulaba Echeverría.

En el desenvolvimiento organizativo de la noósfera, el desarrollo de los intercambios abre históricamente las puertas para un salto cualitativo en los procesos de socialización-resocialización de los proyectos individuales. El agudo descubrimiento de Marx de la dialéctica entre la producción de valor de uso y el valor y los desarrollos de la mercancía y la moneda ayudan a entender el papel progresivo de la división del trabajo en un momento dado de la evolución de la humanidad. Pero solo los aportes de Polanyi en torno a los intercambios de no equivalentes y los de la Economía Feminista y la Economía Ecológica en torno a energía, trabajo y valoración, los aportes de la sociología francesa y la Escuela de Frankfurt en torno al poder, el don y las subjetividades, dan la perspectiva correcta del fenómeno monetario como mecanismo de re-sociabilización y de poder, que puede ser retomado en una perspectiva transformadora.

Marx, Keynes y Schumpeter son cruciales para entender la actual crisis, conjuntamente con las Ciencias Sociales Latinoamericanas y las nuevas corrientes críticas de la Historia,

pero sin los aportes de Baudrillard sobre las proyecciones virtuales de la realidad moderna, difícilmente se pueden percibir en toda su magnitud la profundidad de los rápidos cambios del modo de producción y de modo de vida y la gravedad de la crisis estructural que vivimos. Es desde esa lectura que resultan lógicas las herramientas teóricas y prácticas para avanzar en construir otro modo de vida más sostenible, más democrático, más solidario, más humano.

Precisamente, ahí está el punto de partida de esa construcción, que debe incorporar aspectos inmediatos respecto a la política económica y las instituciones que hagan viable otro régimen de acumulación con orientación estratégica hacia lo que en América Latina empezamos a llamar, aprendiendo de los pueblos indígenas andinos, el Sumak Causay, es decir, el buen vivir o, mejor aún, el vivir en plenitud. Condición necesaria pero no suficiente para esas transformaciones es una nueva arquitectura financiera a nivel local, nacional, regional y mundial, incluyendo otro tipo de monedas y otro tipo de créditos, que nos permitan recuperar lo humano detrás de las relaciones fósilizadas de producción, destruyendo el fetiche y articulando una sociabilidad solidaria y sostenible desde la voluntad libre y soberana de individuos y colectividades.

SOBERANÍA COMUNITARIA VERSUS MONEDA Y MERCADOS EN LA CRISIS DE LA NOÓSFERA

La ruptura de la soberanía de la comunidad respecto de su destino se generaliza con el desarrollo del mercado. Siendo resultado e instrumento del progreso humano, el mercado es causa de la des-sociabilidad y, crecientemente, único mecanismo de re-sociabilidad. En la separación del proceso de emisión de intencionalidades individuales-sociales al objetivar lo subjetivo, frente a su decodificación- consumo al subjetivar lo objetivo, está la posibilidad general de crisis. La predominancia cualitativa y cuantitativa de la lógica del capital ha llevado aceleradamente esa posibilidad general hacia todas las dimensiones de la vida humana, incluyendo la ética. Las centralidades e identidades que re-creaban la cohesión social de ma-

nera predominante en modos de vida previos, quedan absorbidas y sobre-construidas por el mercado y el fenómeno monetario. Por eso resulta tan problemático en el debate moderno hablar del bien; peor aún consensuar o actuar en torno al bien común.

El desarrollo exponencial del capital ha expandido exponencialmente a la noósfera y su rol en los ecosistemas de modo tal que ha terminado abarcando a todo el planeta como un solo sistema-mundo. Las dificultades sistémicas hombre-naturaleza, antropogénicas o no, exigen una capacidad de sensatez de la especie como tal que ha sido sistemáticamente erosionada, tanto por la extensión e intensificación del fetiche como por la propia lógica predatoria de los paradigmas tecnológicos preferidos por este específico modo de vida. A esto se suma la concentración permanente del poder de decidir, fruto del proceso incesante y también exponencial de concentración y centralización de capitales. La tensión formidable entre el interés de esa oligarquía cada vez más estrecha y la trascendencia de la noósfera define la actual coyuntura. En el eje del accionar de ese poder concentrado están los mecanismos de reproducción virtual de la moneda y el crédito modernos. Es decir, la expropiación masiva de la autodeterminación de individuos y colectividades a favor de una minoría, pasa por el control del fetiche mercantil-financiero.

La incongruencia entre la producción consumidora y el consumo productivo se manifiesta micro y macroeconómicamente como anarquía de mercado, incertidumbre, riesgo reductible al cálculo actuarial y riesgo irreductible a distribuciones estadísticas prefabricadas, fruto del carácter no-ergódico del proceso, es decir, del fenómeno histórico como creación colectiva en libertad, no predeterminada.

Intersticialmente, esa anarquía puede ser ocasión de mejoras sociales: esfuerzos anti-entrópicos (que reduzcan el desorden y la incertidumbre) en el campo de la información de mercados pueden dar lugar a significativas racionalizaciones que eviten derroches sociales de energía social. Pero la lógica de la sociedad está organizada desde el interés del capital monopólico, no desde el del conjunto de la sociedad y menos desde su trascendencia.

Por ello, los esfuerzos en este sentido aparecen contruidos desde la creación de (super) ganancias y la extensión e intensificación del fetiche.

Ejes de esa extensión del fetiche han sido, casi desde el inicio del modo de producción capitalista, la extensión e intensificación de la moneda fiduciaria, del capital ficticio a partir del esquema de definición de derechos de propiedad consolidado con la contabilidad por partida doble y de los mercados financieros.

Estos son vectores consustanciales al desarrollo del capital porque sistemáticamente vender más de lo que se compra sobre la base de la magia del plusvalor es esencial a su lógica interna, ejercida desde las voluntades descentralizadas de diversas y rivales fracciones de capitalistas.

Con el movimiento exponencial del dinero que "se" crece para ser compulsivamente re-invertido, eso significaría que aumentaría también exponencialmente la brecha entre los medios de pago que se inyectan en el mercado al momento de la producción consumidora frente a los que se realizan para permitir el consumo productivo. El circuito de realizaciones intercapitalistas y parte del consumo de los trabajadores, por un lado, y la llamada "tercera demanda" (demanda externa al circuito meramente capitalista), por otro, mitigarían parcialmente el problema, pero de manera también crecientemente insuficiente e incierta incluso a nivel mesoeconómico, de sectores específicos, agravando la incertidumbre irreductible del mercado.

Crecientemente, aparecen la moneda y las finanzas como ejes de los mecanismos de regulación y recuperación, al menos temporal, de esa incoherencia. Siempre, sin embargo, desde la lógica del capital en su existencia concreta de fracciones en competencia que reclaman ganancias más y más altas. Esto ha definido que la estructuración de soluciones nace plagada por la misma disposición genética a la crisis que supuestamente mitigaría.

El desarrollo de la moneda, la especulación privada y el rol del Estado Moderno (funcionalizado por un capital en evolución), van a asumir-subordinar muchos de los mecanismos históricos de regulación social, pero ya no solo desde el procesamiento simbólico y coercitivo,

sino desde su reconstrucción a partir del fetiche silencioso del funcionamiento impersonal de los "mercados". Y lo hacen desde lógicas que exacerban el proceso de concentración y centralización del capital y desde una miopía estructural que, en su interacción, debilitan la sensatez colectiva y la soberanía interna de la noósfera.

MODO DE REGULACIÓN, RÉGIMEN DE ACUMULACIÓN Y ALTERNATIVAS A LA CRISIS ESTRUCTURAL

La recuperación de las capacidades de la noósfera para actuar con sensatez frente a los cada vez más graves y urgentes desafíos pasa por la recuperación de capacidades de decisión, de soberanía, a nivel de individuos, colectividades y naciones enteras. Esta es precisamente la agenda que debe oponer el conjunto de la humanidad a aquella propuesta por las redes oligárquicas para seguir reproduciéndose sobre la desestabilización y el conflicto perpetuos. Para ser efectiva, la praxis política debe reconocer las regularidades sistémicas y actuar sobre ellas.

En la dialéctica entre acumulación "originante" y acumulación "ordinaria", se provoca permanentemente destrucción de procesos productivos y consuntivos. La acumulación "ordinaria" tiene la ventaja de invisibilizar "naturalizar" este proceso bajo la razonabilidad y la racionalidad de la eficiencia. Estructura el mito y el rito productivistas para buena parte de los modernos sacrificios humanos, desde el fetiche silencioso del mercado. La competencia permite una depuración cíclica de prácticas empresariales, tecnologías, productos y rasgos de la cultura de relacionamientos sociales que impiden el despliegue ulterior del capital y da lugar a momentos más vigorosos de acumulación "ordinaria" por parte de las fracciones de capital sobrevivientes.

Dada la lógica gobernante en los procesos dictada desde actores descentralizados cada vez más jerarquizados, las soluciones cada vez resuelven de manera más distorsionada la reproducción de la noósfera en los planos natural y social más trascendentes multiplicando causales para la lucha social.

Esa lucha social en torno a “absurdos” sociales tan obvios como los que vivimos tiene su efectividad comprometida por los mecanismos de legitimación que están estructuralmente dispuestos para generar configuraciones subjetivas en las masas que reproduzcan sentidos desde el sin-sentido. El cuadro axiológico evoluciona en correspondencia pero con autonomía y ritmos propios a los debates académicos y los cambios legales e institucionales.

Estos procesos modernos de implementación de soluciones se definen en la dialéctica entre sociedad civil y sociedad política en sentido hegeliano. Las combinaciones de políticas económicas y arreglos institucionales que permiten re-activar y corregir los modernos mecanismos de gestión-delimitación de violencias y solidaridades se conocen en la literatura especializada como modos de regulación.

Estos modos de regulación permiten que los procesos de destrucción creativa enmarcados en lógicas entrópicas y centrífugas, puedan recuperar niveles muy parciales de coherencia frente al todo. Es la promesa civilizatoria del éxito productivista lo que les permite, si cabe, eventualmente estabilizarse, extenderse e intensificarse. Al hacerlo viabilizan un específico régimen de acumulación, que es la forma concreta de existir del capital en un periodo determinado. Los modos de regulación entran perentoriamente en crisis y evolucionan con eventuales saltos para hacer más efectiva la valorización del capital dentro de cada régimen de acumulación.

Un régimen de acumulación estabiliza nuclearmente la dialéctica entre acumulación “originante” y acumulación “ordinaria”. En torno a ello se definen las relaciones dentro de las diversas especializaciones del capital (marcando ritmos y orientaciones de la inversión), entre la lógica del capital y otras lógicas sociales y económicas, la división internacional del trabajo y los resultantes patrones dinámicos de distribución del ingreso y la generación de demandas solventes. En consecuencia, la dinámica interna de un régimen de acumulación genera una lógica y una cultura específica en la disputa entre clases y fracciones: el bloque histórico gramsciano es la recuperación conflictiva y des-enfocada de las intencionalida-

des surgidas desde las configuraciones sociales de las subjetividades individuales en torno a cómo sus intereses particulares se expresan ideológicamente como bien común.

El éxito de la acumulación del capital depende del triunfo de fracciones específicas introduciendo trabajo cristalizado que le dé ventajas tecnológicas en la competencia. Las relaciones del capital productivo con las fracciones del capital especializadas en la circulación de mercancías y finanzas requieren permanente arbitraje estatal a través del respectivo modo de regulación, en tanto comporta relaciones de redistribución entre las élites y, subordinadamente, en relación al patrón dinámico de remuneración-consumo de las clases trabajadoras.

Cíclicamente, determinado paradigma tecnológico y el balance de poder fruto de la lucha social convierten al éxito del capital en su camisa de fuerza por producir demasiado para ser rentable. Los problemas de sobre-producción y relativo sub-consumo y de anarquía del mercado pueden ser mitigados y postergados a través del arsenal de trucos que el modo de regulación ofrezca, mientras la tendencia a la compresión de las ganancias no se manifieste. La disputa entre fracciones y la guerra de clases contra los trabajadores se exagera en esos momentos. A veces, cambios de modo de regulación contentan las aspiraciones de las fracciones triunfantes en la disputa en el marco del resultante balance de poder entre clases. A veces, cambios institucionales y de política no son suficientes y las transformaciones de modelos empresariales rebasan purgas individuales o estilos para exigir cambios en el paradigma tecnológico.

Operar el cambio de paradigma tecnológico requiere no solo la disponibilidad de las relevantes innovaciones científico-técnicas, sino, sobre todo, crear las condiciones para desplegarlas y hacer rentable su aplicación comercial. Son periodos de aguda exacerbación de la competencia y de destrucción de capitales que requieren un comportamiento peculiar de la ley del valor a través de la relación entre formación de precios locales e internacionales y, de manera crecientemente crucial, a través de la moneda y las finanzas, sobre todo virtuales. Es por esto que aparecen regularidades en los

comportamientos de los precios, de los mercados externos y de la exuberancia especulativa en torno a estos cambios de régimen de acumulación, estas llamadas crisis estructurales, que suelen registrarse como ciclos Kondratief. No olvidemos, sin embargo, que estos ciclos operan sobre la base de comportamientos exponenciales. Por ello no hay garantías mecánicas de recuperación, precisamente porque detrás del fetiche están relaciones de poder, no procesos “naturales”.

La crisis global que vivimos no es una repetición de las crisis estructurales: es la implosión de los remedios a la crisis estructural que el centro del sistema acarrea desde hace más de 40 años a través de la imposición forzosa de diversos modos de regulación “neoliberal”. Se trata de una crisis gigantesca de sobreproducción de mercancías y capitales que, paradójicamente intentó resolverse a través de una redistribución regresiva del ingreso a través de cambios tecnológicos, deslocalización y financiarización. Esta vez, sin embargo, más allá de la ampliación del mercado y del capital, con las transformaciones masivas en la distribución del consumo involucradas, medicinas que tuvieron grados considerables de eficacia en ciclos anteriores, solo empeoraron la enfermedad.

La formación de semiperiferias, para producir lo mismo pagando menos, agravó al final el problema de sobreproducción de mercancías y capitales. La exuberancia financiera no permitió toda la inversión productiva que requería el salto cualitativo en el paradigma tecnológico tan efectivo en otras crisis estructurales, no porque no hayan innovaciones disponibles, sino porque en su gran mayoría se vuelven contraproducentes. El fabuloso salto de la actual revolución científico-tecnológica no ha dado salida al impasse de rentabilidad.

La competencia monopolista, que no puede evitar la introducción de nuevas tecnologías, cada vez dedica más esfuerzos a bloquear la innovación que a desplegarla, porque ésta termina comprimiendo las ganancias por debajo de sus cada vez más codiciosas aspiraciones. Por eso es tan vital para el sistema su obsesión con la llamada “propiedad intelectual”.

La alternativa al costo hundido -en el tiempo y el espacio- del capital fijo productivo es la

innovación financiera. La ductilidad y agilidad de las inversiones especulativas mejoraron la rentabilidad de las cúpulas oligopólicas transnacionales en convergencia con la compensación estratificada del consumismo por sobreendeudamiento en un marco -en general, pero sobre todo en los países centrales- de compresión salarial y de polarización social, fundado en un esquema de remuneraciones ligado a los nuevos mecanismos de gestión-delimitación de las violencias y las solidaridades que el post-fordismo requería.

Los desbalances globales y la hipertrofia parasitaria del aparato especulativo han llevado al modo de producción capitalista a un callejón sin salida, no por razones “técnicas”, sino por la lógica oligárquica y decadente de concentración del poder. Como es el corazón del actual modo de vida que ha generado procesos de larga duración que también entran en crisis ahora desde lógicas internas relativamente independientes, pero interrelacionadas (ecología, demografía, energía, etc), es la supervivencia de la noósfera en su conjunto la que está en juego.

NUEVA ARQUITECTURA FINANCIERA, CONDICIÓN NECESARIA AUNQUE NO SUFICIENTE EN LA CONSTRUCCIÓN DEL BIEN COMÚN

Esta convergencia de procesos de crisis se retroalimenta de manera particularmente perniciosa generando una bifurcación histórica: o el conjunto de la humanidad recupera su soberanía, su capacidad de decidir desde la sensatez colectiva y trascendente, o esos procesos de crisis serán utilizados por las minorías que controlan el poder para imponer ulteriores mecanismos de subyugación cada vez más reaccionarios.

En la agenda oligárquica ya no constan aquellas promesas de la modernidad capitalista que sustentaron su ascenso histórico por siglos. Ahora, en su mayoría son esencialmente disfuncionales al ejercicio de su poder. Incluso se han vuelto estructuralmente contraproducentes la revolución permanente del proceso productivo a través de la introducción competitiva de las posibilidades tecnológicas vigentes y el

despliegue de la racionalidad instrumental que esto convoca.

La nueva normalidad que proponen estos círculos minúsculos pasa ahora por la degradación civilizatoria, el desmantelamiento de las conquistas sociales y el retorno a formas arcaicas de explotación y dominación, pero desde los mecanismos modernos que controlan, en particular la guerra perpetua, la burbujización generalizada de la economía, la polarización social y geopolítica y el rentismo como estrategia privilegiada de reproducción. Para todo ello requieren controlar más estrechamente los mecanismos de financiamiento y la gestión monopolizada de la moneda en una red mundial de intereses oligárquicos.

El reventón financiero de 2008 marca el agotamiento de los "remedios" a la crisis estructural de sobreacumulación que se expresa ya desde mediados de los años sesenta. Tras décadas de esos "remedios" (particularmente, globalización y financiarización), la forma de ser del capital ha adquirido rasgos irreversibles ligados a la expansión desproporcionada de la economía virtual, en el corazón de la cual están la moneda y las finanzas. Por eso es que, a su vez, los "remedios" al reventón han girado en torno a la moneda y las finanzas también: salvatajes bancarios que adquieren proporciones colosales. Y también en este caso, los "remedios" a los "remedios" han adquirido características de irreversibilidad muy graves para el capital: los mecanismos básicos y excluyentes de re-sociabilidad construidos en torno al mercado, la moneda y la deuda han sido averiados estructuralmente, poniendo en riesgo la convivencia pacífica de la colectividad.

En efecto, solo para ilustrar el tema, los mercados cuantitativa y cualitativamente más importantes para la reproducción de la sociedad están afectados por burbujas especulativas tan gigantescas que la formación de los precios ya no refleja sistémicamente la evolución de los costos de reproducción, generando un conjunto vital de señales equívocas en el mercado respecto al futuro (inversiones productivas de largo plazo, especializaciones, etc.)

Por otro lado, los problemas de insolvencia estructural solo se han empeorado y generalizado, luego de la inyección de cantidades enormes de medios de pago en los mismos

círculos especulativos que llevaron al reventón financiero. Con estos pilares fundamentales socavados, el sistema monetario que garantiza el monopolio mundial de la liquidez con base en un dólar de generación virtual se sigue sosteniendo sobre la base de la amenaza del caos y la agresión.

La construcción de alternativas exige un conjunto de esfuerzos simultáneos a diversos niveles, desde distintos frentes y geografías. Las posibilidades de organización de la sensatez de la noósfera en la búsqueda del bien común pasa por articular relaciones sociales distintas desde la pluralidad de opciones que la trama histórica ha mostrado exitosas en el pasado, pero actualizadas a las necesidades y posibilidades de cada situación concreta. Esto requiere creatividad y flexibilidad, pero basadas en la comprensión de las lógicas internas de los procesos.

En el marco del despliegue tan violento de los procesos de crisis en sus múltiples dimensiones, los cambios se operan a una velocidad tal que genera resistencia comprenderlos, pero importan significativos y cada vez más graves rasgos de irreversibilidad.

Vivimos tiempos de una intensidad ontológica sin precedentes. La dicotomización histórica entre individuo y colectividad requiere resolución inmediata en la movilización política de cada uno para hacer la diferencia y resolver la bifurcación de la coyuntura en el interés de la humanidad.

Si el polo determinante de esta crisis viene dado por las contradicciones internas del modo de producción capitalista en la tendencia declinante de la ganancia y las impotencias de las contratendencias desplegadas, el polo dominante, el margen inmediato y más holgado de acción de las estructuras oligárquicas de poder -como se ha mencionado- pasa por el control de la moneda y las finanzas. Por eso es urgente revertir esa expropiación masiva y feroz de voluntades de individuos, colectividades y naciones enteras a través de la instrumentalización a su favor de los procesos de crisis.

Nuevas relaciones de solidaridad a todo nivel deben estar en la base de la reconstrucción de los mecanismos de re-sociabilidad, para reemplazar gradual, pero no linealmente a los

mecanismos del individualismo utilitarista que se están desmoronando. Para lograr su efectividad, viabilidad, réplica y sustentabilidad necesitamos re-crear instrumentos como los mercados, las monedas y el crédito.

No es posible salir de esta crisis del capital sin salir del capital en crisis como regulador sistémico. Más aún, superar la lógica de la ganancia como eje articulador de la sociedad no es suficiente para superar la crisis: debemos cambiar el modo de vida. Se trata de un proceso complejo y no secuencial: para transformar el modo de vida hay que cambiar el modo de producción y para ello hay que estructurar un régimen de acumulación de transición a partir de un modo de regulación viable, incluyendo

las instituciones y las políticas económicas que den respuestas inmediatas a la acumulación de fuerzas contra-hegemónica con esta perspectiva estratégica.

Nuevas arquitecturas financieras a nivel local, nacional, supranacional y continental son la respuesta urgente necesaria, aunque no suficiente para bloquear en lo inmediato esa agenda oligárquica de guerra y degradación y para abrir las puertas de una definición estratégica que permita articular soberanías populares, subnacionales, nacionales y supranacionales para construir tan pronto como sea posible un mundo multipolar y democrático capaz de enfrentar los graves retos que hemos acumulado, desde una perspectiva humana.

**ROSA LUXEMBURG STIFTUNG
BÜRO BRÜSSEL**

11, ave. Michel-Ange, B-1000 Brüssel

Tel. +32 (0)2738 7660

Fax: +32 (0) 2738 7669

info@rosalux-europa.info

www.rosalux-europa.info